

**LAS RESPONSABILIDADES
MORALES Y POLÍTICAS
EN EL SIGLO XXI**

*Comunicación del académico
Dr. Pedro J. Frías, en la sesión privada de la
Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
el 11 de junio de 1997*

LAS RESPONSABILIDADES MORALES Y POLÍTICAS EN EL SIGLO XXI

Por el académico Dr. PEDRO J. FRÍAS

1. El riesgo de la anticipación

R. Aron escribió que los hombres hacen la historia, pero no saben la historia que hacen. Sencillamente porque es difícil ser contemporáneo. Yo agregaría que los predictores tampoco. Oswald Spencer, en *La decadencia de Occidente* imaginaba este fin de siglo en el escenario de un socialismo utópico gestionado por un Estado autoritario. Conozco pues los riesgos de la anticipación. El ejercicio que me propongo es identificar las responsabilidades morales y políticas en la construcción social del siglo venidero. Del milenio venidero no, porque las culturas cambian.

Como hablo de responsabilidades morales y políticas en los años próximos, me remito a lo que nos enseñaba Jorge García Venturini¹ sobre las referencias paradigmáticas:

- en primer lugar, la *personificación del individuo*, es decir, la conquista por parte de cada uno de su propia capacidad de autodeterminación por la cual el individuo se hace persona;

- en segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, *la libertad* en sentido objetivo y jurídico;

- en tercer lugar, la vigencia de *la paz, el orden y la convivencia*;

- en cuarto lugar, *la promoción* de los más a los beneficios de la civilización.

La síntesis la encuentra García Venturini en el valor *justicia*, en tensión siempre entre la trascendencia del valor y su concreta realización según coordenadas de tiempo y espacio.

¹ "El progreso moral en la historia", Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Buenos Aires, 1977.

La materia que nos sugiere García Venturini es la substancia de mi ejercicio, para el que no pretendo la “fantasía exacta” sino apenas la “razón programática”. Pero mi instrumentación será distinta. Tendré que internarme en los corredores que hoy se plantean para alcanzar en el siglo XXI esos valores que enunció el filósofo prematuramente desaparecido.

Esos corredores finiseculares me invitarán a indagar sobre el poder, que condiciona la libertad y la convivencia en el bien común y desde luego sobre el conocimiento y el trabajo que condicionan la realización personal. La bioética y la ciencia en general, la ecología, la corrupción y la educación, serán unas de las tantas omisiones de mi examen.

2. Un diagnóstico social

Si me pregunto como estamos, esbozo una respuesta.

Seríamos injustos con este fin de siglo si no reviviéramos el pismo y la alegría de la implosión del comunismo y la caída del muro de Berlín. El socialismo real no supo conciliar la libertad con la igualdad y la planificación centralizada sacrificó la iniciativa privada al capitalismo del Estado. Lo único negativo es ese pasado que ha dejado a millones de personas ambulando a ciegas entre los escombros de la historia.

La previsible universalización del Estado social de derecho y de la economía popular de mercado es el marco deseable pero no resuelve automáticamente todos los problemas. La economía social de mercado puede conjurar efectos no deseados del mercado mismo, en orden a la solidaridad con los marginados, a la transparencia de las transacciones y a las desviaciones monopólicas. Pero no cabe la ingenuidad de creer que se basta a sí misma. Hay tensiones con la democracia, sobre todo cuando en el Este europeo se reinstala una economía de mercado, pero también en América Latina y en la Argentina misma, donde hemos tenido un “socialismo sin plan y un capitalismo sin mercado”. La “sobrecarga” que impone esta reinstalación, operada en la emergencia, en la crisis de la crisis, es poco conocida. Claus Offe la señala como bloqueos recíprocos entre democracia y mercado, y crecimiento e igualdad de oportunidades, que no deben atribuirse a una gestión equivocada, sino que estarían en la naturaleza del mercado.

¿Qué mercado? El capitalismo de la globalización no será el que hemos conocido.

La pluralidad social y cultural se ha instalado trabajosamente con la competencia leal, con la aceptación del otro. “El infierno son los otros”, dijo Sartre, pero agregó: cuando no los aceptamos. Pero el pluralismo tiene su ambigüedad si lo consideramos relativismo. El relativismo genera personalidades frágiles, dependientes y repetitivas. No tocan fondo, no son transitivas para los demás. Pero el relativismo se ha instalado erosionando todo. Cuando el Tribunal Constitucional de España, para desentenderse de una deslealtad de Diputados vascos con la Constitución dijo: “en democracia hay que relativizar las creencias”, buscó la peor fórmula. En democracia hay que ponerlas en diálogo.

1. Atravesamos una transición, una historia ambigua, sólo iluminada por la formidable energía que la libertad recuperada en tantas partes introduce en el sistema social.

2. El siglo XX no será místico, al contrario de lo que pronosticaba Malraux, porque vivirá el misterio con “bajas calorías”, incapaz de traspasar el “umbral” para una disciplina espiritual digna de ese nombre. El sentido de lo sagrado convivirá con el hedonismo mediocre.

3. La ciencia avanza entre interrogantes. Precisamente cuando está en condiciones de interferir en el misterio humano, carece de respuestas centradas en el hombre mismo, en su antropología. Pero el científico busca, y la angustia es una posibilidad de ser iluminado. Un polo moral tiene que asistir al polo científico.

4. La tecnología... nos hará dominados o dominadores. Las comunicaciones sociales no conducirán a un vasallaje planetario, a condición de mantener la libertad de los medios, aumentar su responsabilidad y encender el discernimiento de su público cautivo.

5. La sociedad tiende ahora al individualismo, pero no es un camino sin retorno. Las obligaciones de solidaridad están tan omnipresentes, que si uno les da la espalda no las esquiva. Es mejor hacerles frente y convencerse de que uno tiene lo que da. Pero esto no se logra con cultura “light”...

6. La sociedad se muestra susceptible, esquiva, para las dirigencias y, sobre todo, para la dirigencia política. Caído el mito del “buen revolucionario”, para el que todo era política, se afirma el mito del “buen ciudadano”, que quiere sólo un mínimo de política. Tendremos pues que restablecer el pacto de

confianza entre la ciudadanía y la clase dirigente, para que no se resienta el sistema político.

7. Y en cuando a América Latina, los pronósticos son favorables. Hay consignas de reconciliación contra resentimientos seculares. de solidaridad contra la voluntad de dominio, de integración para combatir el aislamiento y de comunión en torno de la voluntad de progreso y bienestar.

¿Utopía? No, corrección de lo que parecía el camino equivocado de las “décadas perdidas”. Al fin y al cabo, los sistemas políticos que Europa ha demolido este siglo han sido más perversos que los nuestros.

8. También son favorables los pronósticos para la Argentina. Fuimos ricos hasta el 30, vivimos como ricos hasta el 50, aceptamos la decadencia hasta el 90. Ahora, más allá de la ingenuidad del primer mundo, podemos reencontrar una noble inserción en el siglo XXI.

Y ahora una reflexión sobre nosotros mismos. Aspiramos a la calidad de vida para nuestra sociedad. Si el filósofo español Juan Luis Aranguren aconsejaba una ética de la escasez a los países enriquecidos de Europa, cuánto más nosotros debiéramos proponernos una ética de la *moderación*, que dosifique acertadamente bienes materiales -que no sobran- con bienes inmateriales que sí podemos multiplicar. Estos bienes inmateriales son la solidez de la familia, la amistad en el círculo privado, la concordia cívica, la excelencia en la educación y en todo aprendizaje, la política sin partidocracia, las responsabilidades morales de la empresa, la transparencia en los negocios públicos, el servicio a la verdad en las comunicaciones sociales o, como diría mi padre, los cuatro tablones de la vida buena: la casa prolija, la hospitalidad sencilla, el cultivo personal y el buen uso del tiempo libre.

Esta docencia debe ser estimulada y acrecentada para que los valores vertebran nuestra sociedad. No podemos manejarnos sólo con el poder político o el poder económico. El que tiene un martillo como herramienta, tiende a tratar todo como un clavo... La ética y la sencillez nos enriquecen como personas, como dirigentes y como Nación.

3. *Los herederos del Estado-Nación*

Como el problema que voy a plantear es extraño a nuestras reflexiones, algunos creerán que me refiero a la “patria

contratista” o a la “patria sindical”. No. Me refiero al Estado-Nación, en el que estamos inmersos. Adviértanse preliminarmente dos precisiones: el Estado-Nación es una construcción reciente que en América Latina permanece hasta ahora como lo hemos conocido después de las privatizaciones².

En Europa no es así. En primer término, porque el Estado en ninguna parte está en su apogeo (Julien Freund) y además porque está jaqueado desde adentro por los regionalismos y desde afuera por los órganos supranacionales.

En Europa hay regionalismos anti-sistema, como el vasco, y había incluso una organización de dieciséis “naciones-sin-Estado” que aspiraban a la autonomía y muchas ahora la tienen. Pero los regionalismos que operan dentro del sistema, como el catalán, que no pone en peligro la unidad del Estado español, han conseguido lo que querían: no depender del gobierno central. En Bélgica la transformación llegó a su término pacífico con la proclamación de la Constitución federal.

Esto por dentro de cada Estado europeo. Por fuera, están los órganos supranacionales, más precisamente la Unión Europea, resistida por unos pocos y elaborada no sin ansiedad. El corazón del Tratado de Maastricht es la subsidiariedad. Sí, la subsidiariedad, aquel principio de la doctrina social católica que a igualdad de eficacia prefiere asignar las responsabilidades sociales a la unidad estatal menor. En la Unión el principio trabaja a favor del Estado-Nación, pero en el interior de cada país, trabaja a favor de la descentralización: la región, la provincia, el municipio.

Los sucesores

Los analistas, y no necesariamente los futurólogos, han abierto la sucesión del Estado-Nación. El ciclo de lo público, desarrollado a partir de 1930 concluyó por sus propios excesos: el Estado empresario, industrial, benefactor, aunque escasamente... Han vuelto espacios que el Poder público ocupaba ociosamente a la sociedad y especialmente al mercado.

² Conserva actualidad la reflexión de Carlos Ruiz del Castillo en *Crisis y porvenir de la idea de Nación*, Madrid, 1945. Entre las reflexiones primitivas de la globalización como Estado Universal, cfr. Silvio Trentin, *La crise du Droit et de l'Etat*, Paris, Alcan, 1935.

Pero ese desgajamiento debe preocupar a los que se interesan por el siglo XXI.

Un personaje mediático de Francia, en un reportaje póstumo, ha precicho que los conflictos del siglo XXI serán entre sectas y mafias. Duro pronóstico. Sectas, fundamentalismos, no serán lo corriente entre nosotros. Así lo espero. ¿Pero las mafias? Las mafias ya están entrenadas entre nosotros y han encontrado una sociedad no fácil pero permisiva, vacilante en sus valores profundos, donde el pensamiento “débil” es ante todo el del espectador “cautivo” de la televisión. La mafia siciliana se formó por la ausencia del Estado. Ciertas “familias” debieron reemplazar lo que no existía. Así creció el régimen organizado o lo que es más frecuente en el mundo económico, el dominio monopólico de un mercado: el postal, el de hidrocarburos, cualquiera.

Pero no me parece serio creer que a esta altura de la historia, las mafias serán herederas del Estado. El Estado no debe ser débil, sino fuerte en sus pocas funciones esenciales. Queremos que esté a la cabeza de los grandes arbitrajes sociales, de la política exterior, de la macroeconomía, de funciones como la justicia y la seguridad.

Sociedad civil e integración

He escrito un “elogio del Estado”, cuando me pareció que debía exaltar ciertas pocas funciones que deben seguir a su cuidado, aunque quizás gestionadas de otro modo.

Parte del dinamismo estatal ha sido asumido por el dinamismo social. Me refiero al “capital social” constituido por las asociaciones intermedias que deben aumentar su protagonismo en la nueva situación. No estoy pensando en una sociedad corporativa, ni mucho menos. Estoy creyendo que la clase política tendrá que nutrirse de los líderes sociales, aprender de ellos, compartir las decisiones con ellos y con eso pienso que los actuales Consejos Económico-Sociales deberán cambiar su perfil bajo.

Parte de las antiguas funciones del Estado han pasado a las empresas de servicio. Su regulación resulta un capítulo de preocupante importancia. Los oligopolios deben ser perseguidos hasta las últimas consecuencias. Sería más cruel el oligopolio que el Estado benefactor.

Parte de las regulaciones del antiguo Estado-Nación pertenecen desde ya a los órganos comunitarios. Del siglo XX

sólo quedaron el Estado de derecho, la economía social de mercado y la integración. Debemos cuidar que el sentimiento nacional no se extinga sino que conviva con el nuevo horizonte de los pueblos-continente. Vuelvo a repetir: tendremos que vivir parados en diagonal, con las piernas abiertas y un pie en nuestro medio local y el otro en cualquier rincón del mundo.

Los herederos del Estado-Nación en el siglo XXI serán pues los que ya se insinúan: la comunidad nacional organizada, las empresas de servicio y los órganos comunitarios para que la identidad de cada uno se enriquezca sin perder el acento que nos hace lo que somos. Y el Estado se sucederá a sí mismo, pero con otro modo de gestión, comunicado y descentralizado.

4. La autonomía personal en la sociedad capitalista

Una de las responsabilidades arduas del futuro próximo será resguardar la autonomía personal -libertad moral y actividades económicas- ante la amenaza real de las oligocracias y los oligopolios. Privilegio el tema porque están dadas algunas condiciones favorables a la concentración de poder en Occidente y en nuestro país, que no puede ser excepción.

En la oligocracia, aunque no disminuyan los protagonistas políticos, el poder real está en algunos vértices y la clase política se vuelve vicaria, como intermediarios mediocres, de escasa representación.

En los oligopolios, el mercado puede ser inmenso pero condicionado por quienes manejan las decisiones últimas.

La escasa participación política, inducida o espontánea por un civismo debilitado, favorece la concentración del poder político. Si como hoy la ciudadanía se muestra escéptica y susceptible, no puede esperarse que tome iniciativas de participación eficaces. La partidocracia crece distraída en sus juegos internos, en sus acomodamientos, en sus disputas menores. La partidocracia es concentración de poder en los partidos sin relación con la mediación política o la gestión del gobierno o de la oposición.

En el mercado global, en la aldea planetaria, las multinacionales pueden ser tentadas de desalojar la competencia más débil. Si la multinacionales con sus economías de escala están en condiciones de dominar mercados, los otros operadores económicos entran en paulatina servidumbre.

No se me entienda mal: los supermercados son muy atractivos, pero no le falta razón al Ministro de Agricultura de Francia cuando señala que privatizan el espacio público atenuando la animación de los centros urbanos y están en condiciones de imponer los precios al productor. En ese caso, las ventajas del mercado son aparentes. La oferta y la demanda quedan condicionadas.

Vínculos sociales y capitalismo

Esta línea de pensamiento nos lleva a advertir la necesidad de humanizar el capitalismo vigente en el mundo con relaciones comunitarias de pareja fuerza. Quiero decir que el altruismo, la alteridad que enlaza el “yo” con el “tú-en-libertad”, la vida comunitaria, es la que puede corregir el individualismo posesivo que el capitalismo estimula.

En efecto, es sabido que si el capitalismo se instala en una sociedad sin relaciones humanas muy sólidas, incita a vínculos egoístas (C.B. Macpherson), a las contradicciones culturales que señala Daniel Bell o el “agotamiento moral” precedido por Fred Hirsh, según relaciona Henry Z. Muller en su antiguo ensayo sobre “el futuro del capitalismo”. No necesito citar a pensadores de izquierda, como Jürgen Habermas, para subrayar que las conductas adecuadas a la producción y al intercambio socavan otros campos más íntimos basados en acuerdos compartidos.

Permítanme algunas precisiones. El matrimonio y la familia son la institución que la mayoría de los analistas del capitalismo consideran necesaria para complementar el mercado. Si bien el matrimonio comienza en un contrato, escribía Hegel, se trata precisamente de un contrato que trasciende el concepto de un contrato. Es en la familia donde cada uno absorbe el modo de compartir que corrige el egoísmo posesivo (Muller).

La autonomía personal

Estoy refiriéndome a la autonomía personal, valor precioso si lo hay, pero que depende de un sutil equilibrio entre libertades y responsabilidades, entre la liberación de las imposiciones de la comunidad y la seguridad que ofrece la comunidad (Peter Berger).

Esto se logra con la actuación de cada uno en las sociedades intermedias, en las comunidades de base, de que deriva nuestro sentimiento de pertenencia e identidad.

La autonomía se expresa en la riqueza de nuestras opciones, pero como dice Ralph Dahrendorf, las opciones libres conocen las ligaduras. “Las ligaduras sin opciones son opresivas”, escribe, “pero las opciones sin vínculo carecen de sentido”.

Los “constructores de la sociedad” en el siglo XXI, operarán con los vínculos nacidos en la familia y en las sociedades intermedias, o sea, con el capital social disponible, para que esa autonomía personal las trascienda en sus opciones concretas. ¿Para qué? Para que el egoísmo posible de esas opciones no nos margine de la comunidad.

La vida necesita el contrato, pero por el contrato tenemos que ir más allá del contrato mismo, hacia la solidaridad.

La dimensión social

Digo hacia la solidaridad. Es la que se está pidiendo a la empresa económica hoy. No son los pastores de una Iglesia ni menos el socialismo decadente. Son grandes empresarios como Soros o David Rockefeller, tan comentado en estos días. Desaparecido el Estado benefactor, los empresarios de hoy tienen como nunca antes, una responsabilidad ante la sociedad que va mucho más lejos que la maximalización de las ganancias. Y esto es posible sólo mediante una aproximación más cívica, humana y sensible al complejo proceso de la reestructuración empresarial. Es preciso, pues, desarrollar formas innovadoras de construir “capital humano” a través de la inversión para el futuro de los trabajadores, la autonomía personal en vez del recorte precipitado y negligente de costos y personas, con el ojo puesto exclusivamente en unas utilidades a corto plazo³.

El trabajo humano

Está demasiado presente la cuestión del *desempleo* como para que intente poner énfasis en la responsabilidad de los constructores de la sociedad venidera para paliarlo. El desempleo es estructural porque la tecnología ha invadido el

³ Ver comentarios de Alfredo Bryce Echenique, en “ABC”, 13/4/97; Mariano Grondona, “El reloj de la historia”, en “La Nación”, el 11/5/97 y Didier Livio, “L’entreprise en 2010”, en “Le Figaro-Magazine”, 3/5/97.

espacio personal. Sería una voz solitaria la que volviera a proponer destruir las máquinas.

Hay una dimensión social de la globalización a través del comercio internacional, que ya fue objeto de advertencias diversas en la pastoral social católica. Habrá que calificar a los desempleados y estimular los pequeños y medianos emprendimientos. Las sociedades de familia siguen prósperas en Italia.

Pero la dimensión global se cruza con responsabilidades políticas en cada país y en la sociedad internacional. La OIT ha logrado la ratificación por muchos países de siete condiciones sociales "fundamentales" entre 1930 y 1973. Establecen la prohibición de toda clase de trabajos forzados, la explotación laboral de niños, el pago de igual remuneración por igual trabajo para hombres y mujeres, el derecho a la sindicalización y a los acuerdos colectivos a los empleadores⁴.

Carlos Floria nos advierte que no hay respuestas serias al desempleo. Y efectivamente el pronóstico no es optimista por las razones que paso a explicar:

- La ciencia política dice hoy que ciencias sociales y políticas se entienden, pero no se entienden la economía y la política. Quizás porque la economía es muy racional y la política sigue siendo irracional... o a lo menos imprevisible. Puede ser también que la sociedad de consumo exige tanto a la economía, que ésta ya no reconoce ni a la moral ni a la política como estructuras arquitectónicas.

- Se agrega que el crecimiento económico no genera automáticamente más igualdad. Tampoco genera muchos más empleos. Los europeos creen que sólo un crecimiento sostenido durante diez años llega a todos los sectores.

- Agreguemos que en la Argentina, los estudios revelan que la tendencia espontánea a la igualdad de oportunidades es lenta, porque se parte de un capital humano diferente en cada región⁵. ¿Saben ustedes que Ushuaia es la ciudad más austral de Córdoba? Es claro, Córdoba ha dado profesionales universitarios a la Patagonia, San Luis maestros, y otras regiones mano de obra no calificada.

Nuestra responsabilidad es evidente: *la de crear las condiciones que sin alterar el mercado, permitan a la economía ser dócil a la moral y a la política, para una vida más humana.*

⁴ Pierre Somonitsch, "El trabajo de un mundo globalizado", "La Nación".

⁵ Cfr. Frías, *Conductas públicas*, Córdoba, 1997, 85.

5. La construcción del consenso

La gobernabilidad de la sociedad democrática depende del consenso, que es fácil cuando la cosmovisión es compartida, posible pero problemática cuando las mentalidades diversas se mantienen en diálogo y difícil cuando entran en conflicto.

En los próximos años el consenso requerirá políticas deliberadas, porque aunque facilitado por el rechazo de la violencia, debe operar en una sociedad abierta, plural, a veces heterogénea y no siempre pluralista.

¿Cuánto consenso se necesita? Diría que es suficiente que las decisiones de la mayoría no sean percibidas por las minorías como ilegítimas al punto de arrastrarlas a la ruptura.

Para evitar la ruptura, el sistema político debe responder a las siguientes necesidades, en las que glosó libremente a Manfred Mols:

- Ser flexible a las mutaciones socioeconómicas; en consecuencia, hay que atender a la vez a la sociedad local y al mundo global (por ejemplo, el triunfo del laborismo).

- Capacidad para la solución de conflictos: en consecuencia, todo lo necesario al Estado y todo lo posible a la sociedad.

- No encapsularse y reconocer los protagonismos emergentes; en consecuencia, evitar la “oligarquización” de la dirigencia.

- Una reserva de legitimación, para mantener a los insatisfechos en la legalidad; en consecuencia, prioridad a las instituciones, no a las movilizaciones.

- Asegurar desarrollo con justicia; en consecuencia, no ser primero ricos para después ser justos, sino propagar el sistema de prosperidad y entretanto asegurar la solidaridad que es la corresponsabilidad con el prójimo.

- Conjugar autonomía e interdependencia entre los Estados; en consecuencia, ni autárquico ni satélite (por ejemplo, las “relaciones carnales”, la seducción...).

Moral civil y cultura abierta

El consenso es facilitado por el “ethos”, o sea por los valores vividos en la vida emotiva de la gente. La substancia ética -dice el teólogo salmantino González de Cardedal- es el

conjunto de bienes jurídicos, de convicciones morales básicas y de instituciones en las que nos expresamos. Hay que reivindicar con él una moral civil y una cultura abierta. Moral civil es el plexo de ideales últimos, de valores intermedios y de normas particulares con los que un pueblo vive su destino con dignidad personal, responsabilidad asumida y eficacia histórica.

¿Y cultura abierta? Es la que nos permite configurar nuestro entorno, abrirnos a la Trascendencia, ordenarnos al prójimo como a un tú-en-libertad capaz de expresar nuestro mundo interior.

Puede temerse que en los años próximos esas convicciones se hayan degradado todavía más y la sociedad se maneje con los *sustitutos*, a que alude reiteradamente Víctor Massuh en su frase conocida: “faltan las señales indicadoras de otrora: la naturaleza, Dios, la razón, las comunidad, el individuo... La criatura humana está acosada por comentaristas, ventrílocuos, prótesis, canales televisivos, avenidas de la comunicación, semidioses del espectáculo, drogas místicas, sectas... es decir, sustitutos”.

Los contrastes entre estos sustitutos pueden o no ser favorables a la tolerancia que facilita el consenso, porque es la aceptación de los otros, pero la tolerancia no es la dirección de la sociedad, no es su gobierno ni su gobernabilidad. La dirección nace de la prudencia, que es en la definición de Santo Tomás, la *recta ratio agibilium*. El discernimiento acertado de lo que hay que hacer no nace de los sustitutos, que se tiran después de usarse. La dirección nace de alguna convicción básica compartida, aunque el consenso no sea total. En mi prólogo al último libro de Fernando Nadra, *La utopía posible*, expliqué el diálogo que durante cincuenta años mantuve con el más conspicuo dirigente comunista de la Argentina. Podíamos discrepar en casi todos los temas, pero los dos veíamos a la sociedad como una “reunión” que preferíamos como democracia “gobernante” más que como “democracia gobernada”. El aparato partidario no podía ahogar lo humano hasta el punto de serle totalmente externo.

Creencias en diálogo

Me aventuro a algunas conclusiones:

- El consenso democrático del siglo XXI será el propio de una sociedad abierta.

- La cultura *light* no facilita el consenso sino que estimula la segregación.
- Las convicciones religiosas y morales permiten el consenso si su proselitismo adquiere ejemplaridad positiva.
- La tolerancia y la transacción en el mal menor facilitan el consenso, pero hay que esperar algo más: descubrir la solidaridad entre posiciones contrapuestas que suele esconderse en el espesor de la realidad.

5. El conocimiento y las comunicaciones

Cuando dos investigadores franceses titularon su libro *El ordenador al Poder* pretendían llamar sensatamente la atención a ese proceso que nos lleva a navegar en Internet⁶.

No necesito repasar el proceso por el que se dice que hemos llegado a la *sociedad del conocimiento* (Daniel Bell, Peter Druker, Alvin Toffler), donde el principio axial es el conocimiento como motor de la innovación⁷. En la sociedad predominará la comunicación de conocimientos y el procesamiento de la información. Sin embargo, la habilidad de conceptualizar problemas y de encontrar sus soluciones, está objetada paradójicamente por la acusación de fracaso del pensamiento metódico y del diálogo racional. Se le oponen la intuición, la emotividad o la banalización creciente de los valores y los comportamientos. Lo lúdico de la imagen parece desvanecer el discernimiento, el criterio que nos señala lo mejor o lo peor.

Fernández Pedemonte señala también el desborde de la información y cita la anécdota de Umberto Eco, que buscando referencias para una charla sobre Jerusalén, encontró en su PC 40.000 citas. Antes le bastaban tres libros. Esa creciente ¿es una ayuda o una trampa?

Una responsabilidad moral del siglo venidero será *seleccionar*. Elegir algo y dejar el resto es la cualidad que se requiere para tomar decisiones. Esa cualidad compromete generalmente la verdad y el bien, aunque hay opciones naturales.

⁶ "La informática" en "La racionalización del poder", en Frías, *Sobre poder y sociedad*, UNSTA, Tucumán, 1983. p. 110.

⁷ Cfr. Damián Fernández Pedemonte, "Selección: la virtud intelectual en la hora de Internet", "Intermedios", N° 475, 1996. Ver el proceso actual y futuro en "Apocalypse medias", "Le Monde Diplomatique", abril 1997.

Una sociedad es sana cuando genera una prensa independiente de sus gobiernos que asegura el pluralismo informativo. Obviamente el orden moral añadiría otras exigencias más profundas de servicio a la verdad y al bien común.

Todos conocemos la dependencia en que vivimos ante las comunicaciones sociales. Luis Jiménez de Parga, gran politólogo español, juez del Tribunal Constitucional, lo dice con énfasis en su último libro titulado *La ilusión política*.

Jiménez de Parga opone la opinión pública a la opinión publicada y distingue en lo que la generalidad no distingue: intoxicación, manipulación y desinformación. Las tres tienen en común el que nos llevan a un juicio parcial o equivocado.

El gran autor hispano cita a Gerard Mermet en su *Democrature* que cataloga diez deficiencias:

1. Los asuntos tratados en los medios se eligen por el interés que pueden suscitar.

2. Las cuestiones simples tienen preferencia a las difíciles, con olvido de la trascendencia de las últimas en la organización y funcionamiento de la sociedad.

3. Los medios no suelen presentar los acontecimientos tal como son, sino que los “ponen en escena”, a fin de darles atractivo y espectacularidad.

4. Los medios tienen una tendencia a movilizarse rápidamente; y todos conjuntamente, sobre un acontecimiento. Este hecho adquiere entonces un lugar inadecuado en la opinión pública, muy por encima del que debería ocupar por su importancia auténtica.

5. Los medios se desmovilizan rápidamente, y no siguen los asuntos hasta la clarificación final.

6. La influencia de cada medio depende necesariamente del número de sus lectores, radioescuchas o telespectadores. En todos los países hay medios que crean opinión, influyendo indirectamente en el público que recibe el mensaje del medio popular.

7. Los profesionales de los medios no son, tomados en su conjunto, representativos de las sociedades en que operan.

8. Los medios privilegian lo que es raro, anormal, negativo o sorprendente, respecto a lo que es común, normal y reconfortante. La imagen que ofrecen del mundo es distorsionada.

9. Para analizar y explicar los hechos, los medios utilizan un número restringido de expertos. Ocurre así en todos los países. El parecer de la mayoría de los especialistas permanece inédito.

10. Los medios no transmiten, en suma, la realidad tal como es, sino que la modifican y la deforman.

Los invito ahora a pensar cualquier caso concreto que hayan seguido para investigar la “mediatización” de un caso judicial. Puede ser el trágico suceso de María Soledad, el del ex-futbolista Simpson o el de Gabriela Oswald. En su libro *Instantáneas*, Beatriz Sarlo lo examina con fina atención. “El caso “Oswald versus Wilner” es una condensación reveladora, una síntesis espectacular, un guión donde se concentran rasgos fundamentales de la Argentina en los noventa”. Como recordarán, ambos se casaron y se fueron a vivir a Canadá, donde tuvieron una hija. Al separarse, la madre trajo la hija sin autorización del padre. Comenzó una batalla judicial en que siete jueces argentinos y canadienses dieron razón al padre quejoso. El caso no compromete más que la vida privada, hasta que un gran comunicador social se instala en el largo debate cuya notoriedad no fue sepultada ni siquiera por las elecciones. Aparece el tema de la nacionalidad humillada porque, en síntesis, la hija se verá obligada a vivir en un país donde según la madre será siempre una ciudadana de segunda. Lo apoya en su propia experiencia en Canadá. La movilización de la sociedad fue espectacular. Maradona visita a la madre, la madre visita la Casa de Gobierno, la Cancillería es presionada para que intervenga. Las voluntarias rodean la casa donde se esconde la chica que debe volver a Canadá para que no se cumpla la resolución judicial.

Una hipótesis distinta de “mediatización” del caso es la que pudo juzgar la Argentina con el doloroso proceso de María Soledad. La televisación del juicio oral y público -no siendo de acción privada- parece connatural. Puede incomodar a sus actores, porque la compostura no se guarda siempre e incluso descubrir la transgresión de una seña que uno de los jueces hace a su colega. Está en la lógica del proceso. A su vez, la televisación introduce distorsiones en el juicio: en el caso de Simpson una cámara captó por dos segundos el rostro de un jurado, lo que está prohibido a fin de proteger esa delicada tarea. Allí se desistió de suspender la televisación por la presión de las cadenas. Otro tanto ocurrió quizás por la presión de la opinión

“publicada” -para valerme de la diferenciación de Jiménez de Parga- en el proceso por la muerte de María Soledad.

Cualquier análisis del tema -y ya sin referirme a la justicia- llega a la misma conclusión: la televisión es una superficie móvil de imágenes fugaces -salvo en los debates- que no tiene *interioridad*. Lo que señalo es grave porque el espectador cautivo sacrifica su conciencia reflexiva para tener sólo conciencia dinámica. Hasta la violencia, como ejercicio de la energía física, puede cobijarse.

Una de las responsabilidades morales de la sociedad “adveniente” será educar el espíritu crítico, evitar la manipulación de que he escrito largamente, y con ella la intoxicación y la desinformación⁸.

No bastan los manuales de estilo. *Los medios deben comprometerse más con la verdad y el bien moral*, aún en una sociedad pluralista tentada siempre de relativismo.

7. Aproximaciones

Llega el momento de las *conclusiones*, pero no creo que sean tales. Son simplemente aproximaciones a los temas tratados y a los que están implícitos.

1. Será básico construir una espiritualidad genuina que contenga los valores morales y sociales sin los cuales el equilibrio futuro será frágil, aun si superamos los desencantos actuales y posibles.

2. El dinamismo social y la conducción del Estado exigirán la paciente construcción del consenso propio de una sociedad abierta y pluralista. Deberá por una parte conjugarse con las imposiciones de incipientes oligocracias mundiales y oligopolios del mercado. Por otra, deberá acoger las mutaciones socioeconómicas y empeñarse en mantener a los descontentos en la legalidad.

3. El problema de mayor incidencia individual y social será el desempleo. La sociedad, el Estado y el mercado deberán coordinarse para facilitar capacitación, estimular emprendimientos y con o sin el mercado, habilitar una red de solidaridad que restará capitales activos al crecimiento económico, pero mantendrá un mínimo de dignidad personal.

⁸ Cfr. Frías, *La vida pública y sus protagonistas*, Córdoba, 1995, p. 43.

4. Las comunicaciones no serán el cuarto poder, sino el poder envolvente o englobante que mediatiza todo. Los manuales de estilo no bastarán, si no crece el compromiso de los medios con la verdad y el bien moral.

5. Debemos asegurarnos de que el Estado sea el propio heredero de sí mismo, la sucesión abierta del Estado-Nación como todavía lo conocemos. El arbitraje de la política exterior, de la macroeconomía, la justicia, la seguridad y los grandes equilibrios entre el capital y el trabajo y la producción y el consumo no pueden escapar del Estado, pero con otro modo de gestión, abierto a la sociedad, controlado y descentralizado.

6. La integración evitará que quedemos más solos en un mundo más unido. Pero la integración es el reconocimiento de la interdependencia de pueblos y personas, con su propia identidad. En “todos los hombres” debe estar “todo el hombre”.

7. Será indispensable conjugar la solidaridad entre las generaciones, porque la baja natalidad nos promete una clase activa reducida respecto de una clase pasiva que acrecienta su longevidad y debe ser sostenida.

8. La ecología debe ser un objetivo de la conciencia y de las políticas, no una ideología. La Tierra no es un planeta como los otros porque está cubierta por una delgada capa de vida. Y como siempre, el hombre es una promesa o una amenaza. Debemos confirmarnos como promesa.

9. La corrupción es una tentación demasiado fuerte, cuando la conciencia social vacila sobre los valores. Hay que restablecer la “vergüenza” para asegurar transparencia y la vida austera para reordenar los deseos hacia los bienes inmateriales. Más que nunca, nos será necesaria una “ética de la penuria”

10. Todo será posible si la familia sigue transmitiendo fe en la vida, reconcilia las tensiones y encamina los aprendizajes, sobre todo los que combinan innovación, organización y entrenamiento. Y si la sociedad mantiene las creencias en diálogo y garantiza las autonomías legales y morales y las diferencias que respeten el orden y la moral pública como lo requiere la Constitución.

Voces

“La elevación del nivel de complejidad de las actividades genera la creación de una mayor cantidad de puestos de trabajo que requieren más capacitación para realizar operaciones con nuevas tecnologías. Para satisfacer esta necesidad es necesario

educar en base a una sólida formación general, a una capacidad de pensamiento teórico-abstracto y a una comprensión global del proceso tecnológico, fortalecida por una sólida formación lógico-matemática, estadística e informática. Paralelamente hay que tener en cuenta que estas tecnologías se vuelven obsoletas en forma cada vez más rápida, lo que hace pensar en una capacitación permanente. Es por eso que se hace necesaria una gran capacidad de aprendizaje y autoaprendizaje y una predisposición permanente para adaptarse a los cambios. Todo ello debería ser inculcado por la escuela. Por otra parte, las nuevas formas de organización del trabajo avanzan hacia una mayor versatilidad de las tareas específicas, hacia la desaparición de los puestos de trabajo fijos y de las ocupaciones estables. Es por ello que una de las características básicas del nuevo tipo de formación debe ser la polivalencia, polifuncionalidad y flexibilidad”.

David Filmus, “El papel de la educación frente a los desafíos de las transformaciones científico-tecnológicas”

“El espíritu laico está amenazado por una autosuficiencia que puede transformarlo en su contrario, o sea, en la intolerancia, ausencia de crítica y agresividad. El laicismo, cuando precede de la presunción de quien cree haber suprimido las preguntas más inquietantes de la existencia humana, se convierte fácilmente en indiferencia, en olvido del sentido de lo sagrado y del respeto, en la renuncia a la elección personal y a la independencia de juicio. El consenso anónimo y típico que resulta de la arrogancia satisfecha dista mucho de aquella sociedad que imaginaron los que combatían las diversas formas de intolerancia que se amparaban bajo la protección religiosa”.

Daniel Inerarity, en “Nuestro tiempo”, Pamplona.

“El factor subjetivo del comunicador frente al contenido de la información nos lleva a otra distinción: Una cosa es la voluntad de informar y otra la voluntad de dañar. Es muy distinto saber que la información es descalificante a saber que es falsa o ilegítima. Saber que se provoca daño nada tiene que ver con el dolo o la negligencia”.

Jorge J. Zaffore, “Apuntes sobre las responsabilidades del comunicador social”, (“La Ley”, Actualidad, 8/4/97).

“Lo más importante no es la distribución de ciertos bienes para llenar con ellos necesidades urgentes de los más

necesitados. Eso sólo es una parte de la responsabilidad de los que más tienen. Puesto que la mayor pobreza consiste en no tener trabajo o no poder hacerlo, la solución de fondo al problema de la pobreza será que los que tienen responsabilidades reales, sobre todo los empresarios y los gobiernos, procuren que todos los hombres, varones y mujeres, sin discriminación, tengan oportunidad de acceder a un trabajo justamente remunerado. Para ello en primer lugar se ha de promover la adquisición de conocimientos y habilidades que capaciten a los obreros para las nuevas exigencias del mercado laboral y se ha de suscitar una verdadera cultura del trabajo por el conocimiento de su dignidad y el gozo de su valor humano. También han de esforzarse los empresarios en descubrir las nuevas necesidades que manifiesta la gente y los mejores medios de satisfacerlas, al tiempo que investigan las nuevas riquezas que pueden esconderse en la naturaleza y servir a los hombres. Así, con sabiduría y prudencia, con espíritu generoso y enfrentando con sana audacia los riesgos que todo ello entraña, crear puestos de trabajo para ser hermanos. El empresario se constituye de esta manera en un auténtico constructor de la sociedad”.

Mons. Estanislao Karlic, “Ideas para la reflexión”.

“II Encuentro Internacional de Economía”, Córdoba, 1995.

“Hay quienes piensan que hay que preocuparse por ‘el fondo’ (léase la Economía) y no por ‘la forma’ (léase el Derecho). Están en un error. El ejercicio del poder, su división y su control no son cuestiones de forma sino de fondo; por lo menos tan de fondo como la Economía.

En el afán de concretar medidas económicas el Derecho parece considerado como un obstáculo molesto que debe sortearse, en vez de un cauce que debe ser respetado en defensa del interés general, por tratarse de un insustituible sistema de convivencia”.

Luis Armando Carello,

“Contribución al debate sobre la seguridad jurídica”,

en “Revista Bolsa de Comercio de Rosario”, XI / 92.

“Hay que aprender de la historia. Pero hay que aprender bien. Leyendo con cuidado lo sucedido. El dato que aparece en la triste historia de este siglo no es que haya fracasado ‘uno’ de los sistemas ideológicos posibles, sino que todo sistema ideológico que pretenda abarcar la entera realidad es inhumano.

Y es inhumano, aparte de otros muchos errores, porque desconoce la fuerza creativa de la libertad de cada persona. Esa propiedad singular y admirable, fácilmente reconocible y obvia para el análisis fenomenológico, hace de cada hombre una fuente de historia, un acontecimiento nuevo sobre la tierra. La libertad de las personas es una de las causas irreductibles de los hechos sociales. No se puede reducir a los procesos de la naturaleza ni a la estadística de los grandes números. Toda explicación necesaria y mecanicista de los procesos sociales es errónea. Y es una grave violencia intentar transformar las sociedades ‘técnicamente’ sin emplear los resortes propios de la libertad; es decir, la motivación, con el debido respeto a las conciencias. Por eso es necesario acostumbrarse al vacío ideológico dejado por el comunismo. Hay que acostumbrarse a no tener una ideología que lo intente explicar todo y asegure su adecuada transformación”.

*Juan Luis Lorda, “Ascética y mística de la libertad”,
en “Scripta Theologica”, 1996.*

“El hombre moderno cree experimentalmente a veces en este, a veces en aquel valor, para abandonarlo después. El círculo de los valores superados y abandonados es siempre muy vasto. Constantemente se aprecia con mayor nitidez el vacío y la pobreza de valores. El movimiento es incontenible (...) Esta que les cuento es la historia de los dos próximos siglos”.

Nietzsche

“A corto plazo resultará fácil adoptar una postura de izquierda optando por la defensa de los pobres, del empleo, los salarios, y de las conquistas del Estado social. Pero si las cosas fueran tan fáciles, la izquierda no estaría, como de hecho lo está, sumida en la crisis. Está en crisis porque sabe -la lección de los hechos es en estos momentos arrolladora- que con el paso del tiempo este ‘corto plazo’ se trastoca fácilmente en lo opuesto: en el corporativismo sindical (injusto y fosilizador), en la burocratización parasitaria, en el trabajador inamovible aunque no trabaje en absoluto, y en último término en un Estado en bancarrota que no es más social, puesto que ya no está en condiciones de pagar los costes de los derechos materiales”.

Giovanni Sartori, en “Izquierda punto cero”, Barcelona, 1996.

“La izquierda en general, habiendo polarizado su atención sobre el conflicto de clase y habiendo encontrado en

esta derrota la propia razón de ser, ha elaborado una teoría limitada del conflicto, absolutamente inadecuada para comprender la complejidad del movimiento histórico. Debería recuperar el tiempo perdido. Sólo que ¿es posible?, ¿es todavía posible?, ¿cómo es posible?, ¿o tal vez no es posible revisando a fondo sus presupuestos? No quiero decir que la izquierda no se haya planteado nunca estos problemas. El debate sobre la relación entre cuestión social y cuestión nacional tiene su propia historia. Pero lo que está sucediendo hoy en el mundo, el estallido de conflictos étnicos imprevisibles, de conflictos tribales, de lucha de matiz predominantemente religioso como la que mantienen hindúes y musulmanes, nos ofrece un cuadro histórico completamente diferente del que había trazado una filosofía de la historia que partía del presupuesto de que la “historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora es una historia de lucha de clases”.

Norberto Bobbio

“Mi sembra che il tipo di scrittura che viene fatta sul mezzo elettronico abbia una sorta di evanescenza. C’è una transitorietà connessa ad essa. Quando leggiamo un libro siamo avvolti da un certo tipo di silenzio. E in quel silenzio, negli interstizi tra le stesse parole, la nostra immaginazione ha spazio per pensare, per creare. La comunicazione on-line riempie quegli spazi. Stiamo sostituendo una comunicazione permanente con una transitoria, che non rimane, effimera”.

*Slouka, en “Viaggio al centro del Cyber Mondo”,
en Revista “Liberal”, 1995.*

“La educación debe capacitar para aquel momento de la vida que todos enfrentamos, y en tiempos de posmodernismo con mucha orfandad y no poca frecuencia, cuando nos asalta la pregunta ‘Qué voy a hacer con mi vida’. El desarrollo personal y comunitario se verá comprometido si el hombre no elabora una auténtica escala de valores. La sociedad crematística que de hecho se impone en el río revuelto de la posmodernidad, ofrece crecer sólo en bienes materiales. Saber que existen otros y que son más importantes para ser feliz, cuando no lo da la cultura gravitante, reclama la valorización de la misión de la familia y de la escuela”.

Mons. Gerardo T. Farrell, “Posmodernidad y desarrollo humano”, en Revista “La tiza”, junio 1996.

*

* *

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS presentados por los señores Académicos:

Académico Dr. Jorge A. AJA ESPIL

Como siempre un serio y útil aporte académico el que nos acaba de entregar el Dr. Pedro J. Frías, sobre un tema que tiene aspectos fascinantes para el debate. Nos enfrenta a los interrogantes con que se aproxima el siglo XXI y a la visión que agita a los intelectuales contemporáneos, formados en las experiencias del siglo que agoniza.

¿La universalización del Estado de derecho y de la economía popular de mercado es la solución que preconiza el Primer Mundo? ¿Quiénes serán los herederos del Estado-Nación? ¿El mercado global, la aldea planetaria, permitirán una vida más humana? Son estas algunas de las inquietantes reflexiones que nos ha volcado nuestro colega académico, a quien le agrada más pensar en términos de sociedad que en funciones de Estado, aun cuando en alguna oportunidad haya escrito un “elogio del Estado”, pero limitado a ciertas y pocas funciones. Para él el dinamismo estatal ha sido asumido por el dinamismo social.

El concepto de globalización hoy en boga, vale tanto como pensar en un escenario planetario donde los ciudadanos dejan de serlo de un país determinado, para pasar a ser “ciudadanos del mundo”. Por cierto que el siglo XXI será la centuria de la comunicación: el individuo podrá acceder instantáneamente y sin límites geográficos a todas las fuentes de información gracias a los servicios de multimedia. Surgirán vastos mercados en los sectores de la educación, la ciencia, la cultura, que configurarán un nuevo humanismo. Cabe agregar que la hegemonía norteamericana en este terreno es una verdad incontestable, y ello provoca la inquietud de las demás culturas y lenguas que están llamadas a desaparecer. El poder tecnológico y financiero avanzará a pasos agigantados hacia las culturas y economías nacionales.

La siempre imprescindible cita de Samuel Huntington y de su libro *El choque de las civilizaciones*, nos recuerda que la estrecha cooperación universal no disuelve la pertenencia a una Nación. En esta línea de pensamiento se ha dicho que los valores fundamentales son siempre los mismos en nuestro universo, sólo que la manera en que vivimos esos valores fundamentales es diferente en cada hombre, cada familia y en cada Nación. En esta concepción hay siempre un sustratum de cultura nacional.

Es correcto, entonces, el reclamo que formula Frías, en el sentido de preservar una espiritualidad genuina que dé cabida a los valores morales y sociales sin los cuales no hay futuro cierto para la identidad nacional.

Estamos viviendo en el mundo de la segunda gran ola del capitalismo. La primera fue en el siglo XIX, cuando la economía europea comenzó a expandirse. A comienzos de la década del 80, Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en los Estados Unidos, lanzaron el nuevo capitalismo anglosajón, el que pronto se propagaría en Europa Occidental. La codicia es buena, el ahorro ya no es la base de la fortuna, el consumismo y no la frugalidad, fueron algunos de los sorprendentes preceptos modelados por la joven generación que se incorporó a aquellas corrientes.

Hoy hay dos orientaciones que definen las reglas de juego: para muchos intelectuales hay una ideología de la globalización, que es el capitalismo; para los economistas existe una realidad que inspira la globalización y que no es otra que la economía de mercado. El mercado no fue inventado sino descubierto por el hombre y establece el único ordenamiento capaz de asegurar el abastecimiento de grandes masas humanas.

Frías sostiene que se pueden dar condiciones que, sin alterar el mercado, permitan que la economía sea dócil a la moral y a la política, para lograr un modo de vida más humano. Esto me lleva a formular una pregunta: ¿se pueden instrumentar economías de mercado que se adapten a las diferentes identidades nacionales? Repito, para los economistas ortodoxos no hay métodos alternativos para resolver el mismo problema.

Hoy se han instalado dos nuevos modelos en Europa:

1) uno es el nuevo laborismo de Tony Blair que, continuando con la deserción socialista que Kinnock inició en Gran Bretaña una década atrás, termina enterrando las banderas estatistas que caracterizaron por años al Partido Laborista; se suele repetir que no es otra cosa que el modelo conservador pero con una cara más humana.

2) otro, el que empuja Jospin en Francia, donde el modelo anglosajón de capitalismo suscita una inveterada reacción en las esferas culturales y políticas; mientras las economías anglosajonas celebran la idea de la libertad, la opinión pública francesa alienta la idea de igualdad.

La oportuna mención que Frías hace del Tratado de Maastricht le permite analizar una aproximación de la ética de la solidaridad al proceso de la reestructuración empresarial.

En esta misma Academia he tenido oportunidad de analizar el principio de subsidiariedad en el Tratado que rige a la Unión Europea ("Anales", vol. XXII, 1993) como una modalidad del vínculo foederis que vincula a los Estados miembros.

Una última reflexión sobre lo que nuestro colega académico anota respecto de la sucesión del Estado-Nación. Coincido en que ante la amenaza de la subcultura de un pensamiento único que imponga el mercado global -llámese oligopolio u oligocracia- cabría preservar las particularidades, las identidades nacionales, mediante asociaciones regionales que abrieran posibilidades a la subsistencia de fórmulas multiculturales.

Este eventual pasaje del Estado-Nación a la región de Estados, puede darse en el caso del Mercosur, cuando supere el programa comercial para ingresar de lleno al proyecto político.

Reitero mis felicitaciones al expositor por la profundidad y versación con que ha presentado su interesante comunicación.

*

* *

Académico Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE

Me adhiero, por supuesto, y con entusiasmo a las felicitaciones a nuestro académico y amigo Pedro Frías.

Le diré que así como es difícil cuando escribe, es fácil cuando habla. Expone con fluidez y claridad. Lo que hoy ha hecho es casi abrir el panorama de un seminario para seguir desarrollándolo.

Es difícil quedarse acá, yo por eso no voy a pretender contestarle nada. Quiero solamente recoger dos o tres cosas sueltas, de las cuales podremos hablar en otra oportunidad.

El se ha referido al tema de la posición del Estado frente a la sociedad, la política y la economía.

Evidentemente la economía es un instrumento al servicio de la política, y todos los medios que integran la economía son instrumentales también.

Se ha dicho con razón que la estabilidad monetaria, tan necesaria, no es más que un instrumento para el equilibrio económico; no es una finalidad en sí misma.

Entre ese tradicional enfrentamiento entre el Estado benefactor y el Estado liberal, cada día hay que ir buscando el punto medio, el punto de equilibrio.

He leído las posiciones de Wilhelm Ropke, de von Mises, de Hayek, economistas puros. En cambio, me he encontrado con Ludwig Erhard, que era economista pero también político. Entonces hacía una serie de concesiones; el famoso caso del “vigilante nocturno” del que le gustaba hablar.

Yo recuerdo que hace treinta años, cuando me incorporé a la Academia Nacional de Ciencias Económicas, en un trabajo titulado “De la inflación con recesión, a la estabilidad para el desarrollo”; centré el cambio de política económica en el redimensionamiento del Estado. Años después fue el “caballito de batalla” de todos los programas.

Achicar el Estado para pasar los recursos de los sectores improductivos a los sectores productivos. No es una posición apriorística ni política contra el Estado. No creemos que el Estado deba desaparecer, ni mucho menos, sino que los recursos deben aplicarse en forma racional y por sobre todo eficiente.

Al Estado le queda, como señaló Pedro Frías, la función importantísima de subsidiariedad. Actuar en aquellas funciones en las que el sector privado no actúa, o no actúa adecuadamente.

Y en cambio me hago cargo de que si hemos clamado tanto por redimensionar el Estado, y hoy lo tenemos en buena parte achicado, crece mucho más el deber del sector privado por ocupar esos lugares en que antes actuaba el Estado benefactor.

Nos corresponde exigir al Estado el cumplimiento más fiel y riguroso de las funciones que le son esenciales: la justicia, la seguridad, la defensa, la educación y la salubridad.

Pero los particulares tenemos que asumir ese campo que ha quedado desprovisto, tomando la función esencial, que corresponde a la empresa privada. La empresa privada tiene que

entender que su función no consiste sólo en una inteligente y provechosa manipulación de la riqueza. Ni en el ordenamiento más racional de sus instrumentos técnicos, sino también en una justa y racional adecuación del factor humano que emplea en pro de su capacitación y eficiencia, y así llegar a que la empresa privada sea un medio de interpretación y concreción de las necesidades y aspiraciones de la sociedad civil en la que está integrada.

He dicho varias veces que la empresa privada debe ser exhibida en su imagen pública como expresión de libertad, como fuente de un rendimiento legítimo y como un órgano de solidaridad social.

Esta integración entre lo público y lo privado tiene que hacerse cada vez más necesaria. Yo les confieso que no me atrevo a hablar del siglo XXI porque veo que estamos terminando mal el siglo XX. Me preocupa el presente, que no es bueno. Veo que hay un montón de cosas desarticuladas y una gran duda sobre las posiciones a adoptar. Por otro lado, se están dejando muchos rótulos para adaptarse a las realidades.

Como lo ha mencionado Frías, este problema en Gran Bretaña da mucho para pensar. No es solamente la respuesta que nos dio Julián Marías la vez pasada, cuando dijo “cuando uno duerme del lado derecho y se cansa, después duerme del lado izquierdo”. Los ingleses se habrán cansado de dieciocho años de un régimen liberal tatcheriano, al que mucho se le debe, pero ahora han pasado a un régimen laboralista, pero de un laboralismo nuevo. El propio dirigente Tony Blair lo primero que hizo fue cambiar pautas fundamentales de ese sistema, para actuar con sentido privatista, nada menos que respecto del Banco de Londres.

Todo esto debe llevarnos a entender que vivimos una realidad en que la pura ortodoxia no es suficiente.

Y yo no me caracterizo por ser pragmático, pero sin embargo, cada día me va pesando más la necesidad de ver la realidad y encontrar soluciones nacionales que acá están haciendo mucha falta.

No me atrevo a disentir con Frías en el tema de las provincias. Yo tengo mi posición, quizás teórica. No las conozco como las conoce él. Creo, en mi concepción teórica, que las provincias no han hecho el ajuste como debían. Las provincias han estado siempre más politizadas que la Nación. Y el instrumento de la politización es la “empleomanía”. La provincia de La Rioja se caracterizó por tener un gobernante que hizo eso.

Cuando se sentó en la Nación hizo una cosa distinta. Pero hoy no puede remediar lo que pasó en su provincia. Entonces ese tema hay que medirlo como lo ha hecho Frías, con sentido de la realidad. Hay que recorrer, hay que caminar por las provincias para vivir sus realidades, pero creo que el problema existe.

Coincido con lo que dicen las pastorales de los Obispos en cuanto dicen una realidad, pero lamento que no dan soluciones.

Por otro lado las soluciones tampoco las tiene nadie. Los grandes problemas del momento y en particular de nuestro país, porque no somos diferentes, son la corrupción, la desocupación, la inseguridad, la droga, en algunos casos el terrorismo, fenómenos que tenemos que abordar como una realidad del presente y no los vamos a superar con teorías o con dogmas.

Sin perjuicio de los regionalismos que tanto le gustan a Pedro Frías, creo que nos ha mostrado un panorama amplísimo.

Hay tema para desarrollarlo en muchas reuniones y quisiera leer su trabajo escrito, y de ahí ver como pueden ir surgiendo sub-temas para futuras reuniones.